

Debate epistolar sobre la libertad de la voluntad entre Ludwig Feuerbach y Carl Julius Duboc



Ludwig Feuerbach y Carl Julius Duboc
(Traducción: Pablo Uriel Rodríguez)

Presentación

Ofrecemos la traducción al español del debate epistolar entre Ludwig Feuerbach y Carl Julius Duboc sobre la libertad de la voluntad. El mismo tuvo lugar durante un lapso de tres meses entre abril y julio de 1853. Reproducimos un total de siete cartas, cuatro de Duboc hacia Feuerbach y tres de Feuerbach hacia Duboc. Además, incluimos el borrador de una carta de Feuerbach que quedó sin enviar.

Duboc (Hamburgo, 1829 – Niederlößnitz 1903) fue un filósofo y escritor alemán (empleando, en ocasiones, el pseudónimo Julius Lanz). Se formó académicamente en Leipzig, Giessen y Berlín. En 1853 traba una relación personal con Feuerbach, de quien se considera discípulo. Escribió para diversos periódicos liberales, especialmente el *National Zeitung*. Entre sus textos filosóficos podemos destacar: *La psicología del amor* de 1874; *La vida sin Dios. Investigaciones sobre la figura ética del ateísmo* de 1875; *El optimismo como cosmovisión y su significado ético-religioso para el tiempo presente* de 1881 y *Más allá de la realidad* (1896), en el que se incluye su escrito “Anti-Nietzsche” publicado por separado un año más tarde.

Nuestra traducción se realizó a partir del texto publicado en el tomo XX “Correspondencia (1853 – 1860)” de la *Gesammelte Werke* (GW) de Ludwig Feuerbach preparado por Manuela Köppe y Werner Schuffenhauer. En notas al pie introducimos todas las aclaraciones necesarias para la comprensión de las referencias realizadas por Feuerbach y Duboc.

Datos del Traductor

- Investigador Asistente del Conicet.
- Doctor en Filosofía por la Universidad de Morón y Profesor de Filosofía por la UBA.
- Profesor Adjunto de las materias Filosofía Social y Teoría política y Metafísica de la Universidad de Morón.
- Miembro del Programa de Investigación en Filosofía Posthegeliana de la UNGS

1. De Duboc a Feuerbach

Hamburgo, 20 de abril de 1853

¡Estimado Señor!

Su amable carta del día 12 me alegró aún más porque el intervalo transcurrido desde el envío de mi primera carta me hizo temer que Ud. quisiese que la solicitud que ella contenía fuese dejada de lado como un acto infantil. Básicamente, no me habría sorprendido: es precisa mucha placidez para lo contrario, una cualidad que precisamente no se busca en un filósofo, incluso cuando no estaba ausente en la imagen que involuntariamente me formé de Ud. mientras leía sus obras.

Su advertencia contra las *Adiciones y Explicaciones a la esencia del cristianismo*¹ llegó demasiado tarde, ya lo había encargado y hace unos días que está en casa. Sin embargo, si no contienen más que artículos anticuados que difieren significativamente de su perspectiva actual, entonces la lectura podría traerme más confusión que beneficio y, en ese caso, lamento no haber tomado en su lugar el *Pierre Bayle* o los *Pensamientos sobre muerte e inmortalidad*. La *Esencia de la religión*, que Ud. pensó que yo desconocía, fue, más bien, la primera obra que leí por consejo del lamentablemente difunto Theodor Althaus. Como siempre tengo la mala costumbre de pasar de lo general a lo particular, llegué a *La esencia del cristianismo* a partir de *La esencia de la religión*. Ambas obras me atrajeron inmensamente y me resultaron muy placenteras, creo haber comprendido y absorbido al menos su contenido esencial. Tras próximas lecturas, los puntos particulares de diferencia se me harán más claros o descubriré que están basados en el engaño. Le pido, ya que contaré con algo de tiempo este verano, que me proporcione algunas indicaciones para la elección de lecturas y ahora utilizo el permiso que me ha dado al final de su carta para plantear algunas cuestiones sobre las que reina una profunda oscuridad en mí y, a lo sumo, “conciencia de lo que no quiero”. Entre nosotros no es posible hablar de la libertad en el sentido de una auto-determinación absolutamente independiente. Incluso en esas ocasiones en las que parece que elegimos de forma completamente libre entre dos opciones y asumiendo, además, que las circunstancias externas que influyen no tuviesen efecto momentáneo; nuestra decisión es sólo el resultado necesario de nuestro estado mental presente. Dicho estado, sin embargo, está condicionado y surge de una interminable cadena de causas y efectos, los últimos de los cuales son puramente casuales, en todo caso permanecemos completamente alejados del ámbito de nuestra voluntad y determinación. La libertad de la voluntad en este sentido –arbitrio– es, por tanto, un engaño. Un engaño del que, no obstante, nunca podemos sacudirnos, pues ¿quién

1. Nota del traductor: Este es el título del primer volumen de las Obras Completas de Feuerbach aparecido en 1846. El volumen incluye reseñas y artículos publicados antes de la aparición de *La esencia del cristianismo* de 1841, las diversas respuestas feuerbachianas a las críticas de los teólogos ortodoxos, filósofos de la religión y jóvenes hegelianos a su libro sobre el cristianismo y otros textos sobre la religión en general.

en esos momentos de decisión, en los casos en que falta el apremio material, no se siente libre e independiente en su elección? Althaus² comparó esta situación con el hecho de que *conocemos* la rotación de la Tierra, pero nunca podemos *sentirla*. Del mismo modo, nos sabemos carentes de libertad, pero nos sentimos libres. Con todo, esta analogía, que, como toda parábola, me resulta tan llamativa, nada explica sobre la esencia de la cuestión: ¿por qué no podemos sentir eso [la falta de libertad]? ¿Hasta qué punto radica en nuestra esencia la necesidad de lo contrario? ¿Qué es, entonces, la libertad? Supuesto eso, ¿qué es la culpa y el crimen? ¿Qué es moral? ¿No es la eticidad un concepto temporal, local, climático? ¿Acaso no puedo actuar de manera moral desde un punto de vista subjetivo cuando hago algo objetivamente inmoral? Lamento profundamente que las discusiones contenidas en el número 2 de los “Agregados” de *La esencia de la religión*³ permanezcan, hasta hoy, en estado fragmentario. Toca algunas de estas preguntas, pero, en su inmadura brevedad, no pueden darme la claridad que he estado anhelando durante largo tiempo. He planteado tantas preguntas que quiero esperar su próxima carta antes de ir más lejos. Quizás Ud. considere presuntuoso que yo reclame de este modo su voluntaria humanidad, crea, al menos, que no se compromete con algo ingrato y que corrija a un hombre sobre el cual el conocimiento claro tiene un poder ilimitado y que se hallaba en un camino equivocado. Permanezco con sincera reverencia.

C. J. Duboc

Mi dirección para envíos es: la librería *Meißner & Schirges*, de la calle *Kleine Johannis*.

Si no le parece delicado, le pediría que no vuelva a enviar su carta por el correo postal. Dado que el disfrute y el beneficio de ese escrito es mío, también tengo que asumir ese gasto insignificante.

2. De Duboc a Feuerbach

Hamburgo, [18 de] mayo de 1853

¡Estimado Señor!

Después de esperar en vano durante 4 semanas una respuesta a mi carta con la dirección

2. Nota del traductor: Theodor Althaus (Detmold, 1822 – Gotha, 1852) fue un teólogo, periodista y escritor alemán. Estudió en las universidades de Bonn y Jena. Tras completar sus estudios se radicó en Berlín, donde frecuentó el círculo de Bettina von Arnim y Henriette Herz.

3. Nota del traductor: Como quedará claro en la siguiente carta, Duboc no alude al librito *La esencia de la religión* del año 1846, sino a las *Lecciones sobre la esencia de la religión* publicado en 1851. Este libro recoge el curso popular dictado en 1848/49 en Heidelberg sumando una extensa última sección con comentarios y agregados.

equivocada, creo que puedo suponer que la misma, aunque no ha vuelto a mis manos, tampoco ha llegado a las suyas. No dudaría en suponer otra razón para su silencio, de no ser porque su amable respuesta a mi primera carta me dio motivos para confiar que Ud. también trataría mi segunda carta con similar amabilidad. Sin embargo, tengo la fuerte sensación de que hay algo intrusivo en mi comportamiento y es bueno que tenga que tratar este punto por escrito en lugar de hacerlo personalmente, lo que me resulta dificultoso –por cierto, cuanto más leo sus obras, cuanto más me formo en la línea de pensamiento simple, convincente e intelectual, tengo mayor necesidad de agradecer y si nada más debo proponerme con estas cartas, entonces siempre será para mí una verdadera satisfacción el haberle expresado mi admiración y respeto.

Sin embargo, por el momento, me propongo, entre otras cosas, obtener principalmente un concepto sobre los principios de la moral. Nada de esto encuentro en aquellas de sus obras que he leído y, a juzgar por el índice, tampoco lo encontraría en aquellas de sus obras que desconozco, los volúmenes 2, 3, 4, 5 y 6 (de sus Obras Completas)⁴. Al respecto hay algunos detalles presentes en la Nota 2 de *La esencia de la religión* (el texto *La esencia de la religión*, Wigand, 1851, según las lecciones celebradas en Heidelberg, no me resulta desconocido, como Ud. supuso, sino que es el primero de sus libros que he leído), volumen 1 de sus Obras Completas en la página 283 dice: “Por tanto, si el principio supremo de la moral cristiana dice «Haz el bien por amor a Dios» y el principio supremo de la moral filosófica dice «Haz el bien por amor al bien», en cambio el principio supremo de la moral humana afirma «Haz el bien por amor al hombre»” y, en el mismo lugar, “Lo que es bueno para el hombre en el sentido del género, es bueno en sí mismo”⁵. Pero todo esto me resulta insuficiente, no puedo decir nada al respecto. ¿Qué es bueno y qué es malo? ¿Es posible hablar del bien y del mal cuando no hay libertad moral? ¿Y existe la libertad moral cuando todas mis conductas y acciones, incluso cuando creo tomar las decisiones más arbitrarias, están necesariamente condicionadas por lo que soy y llegué a ser sin mi participación y luego bajo el influjo de toda clase de circunstancias externas? Esta red es inevitable, en ningún momento yo hago algo, en ningún momento hay una *generatio aequivoca* de mi voluntad. Y por qué la ineludible ilusión de nuestra conciencia de que actuamos de forma independiente y libre –esta ilusión que, repitiendo una apropiada comparación de Althaus, es bastante afín a aquella en la que no estamos del todo seguros en relación a la rotación de la Tierra, un hecho que, a pesar de que lo sabemos

4. Nota del traductor: Duboc hace referencia a la edición de las Obras Completas preparada por el mismo Feuerbach y editada por Otto Wigand en la ciudad de Leipzig entre 1846 y 1866. Los volúmenes desconocidos corresponden a: 2. *Críticas y principios filosóficos* (que, entre otros textos, incluye reseñas de libros filosóficos y los escritos para la renovación de la filosofía del primer lustro de 1840) de 1846; 3. *Pensamientos sobre muerte e inmortalidad* (que recoge diversos textos sobre el problema de la inmortalidad de la década de 1830 y 1840) de 1847; 4. *Historia de la filosofía moderna. Desde Bacon hasta Spinoza* (libro originalmente publicado en 1833) de 1847; 5. *Presentación, desarrollo y crítica de la filosofía de Leibniz* (libro originalmente publicado en 1837) de 1848 y 6. *Pierre Bayle, una contribución a la historia de la filosofía y de la humanidad* (libro originalmente publicado en 1838) de 1848.

5. Nota del traductor: Las citas corresponden al texto *La esencia de la fe según Lutero*. Publicado inicialmente en 1844 por Otto Wigand y con el subtítulo “Una contribución a La esencia del cristianismo” borrado más tarde por Feuerbach. Cfr. GW IX, 375 / Ludwig Feuerbach, *Escritos en torno a La esencia del cristianismo* (Madrid: Tecnos, 1993), 36.

a ciencia cierta, será eternamente contradicho por nuestra sensación. Al hojear *La esencia de la religión* observo que Ud. toca el tema en las páginas 210 y 211 y después de decir algo similar, añade: “De ningún modo se anula la libertad del hombre, al menos la racional, la basada en la naturaleza”⁶. Pero entonces, ¿cómo debemos definir a la libertad?

Con estas líneas he repetido, en esencia, prácticamente lo mismo que había abordado en mi carta perdida; con suerte, estas líneas, encontrarán un mejor destino. En su carta me había desaconsejado las *Adiciones y Explicaciones a la esencia del cristianismo*, pese a ello ya leí casi la mitad y, en líneas generales, me siento muy satisfecho. Ya con el Prefacio y con todos los ensayos, exceptuando el primero “Sobre el milagro” de 1839, se aprende mucho; si la mayoría de ellos son anticuados y están escritos desde una perspectiva que difiere sustancialmente de su punto de vista actual, tanto peor para mi capacidad de juicio. Me gustaría preguntarle si me aconseja el segundo volumen *Críticas y principios filosóficos* o si puedo leer algo mejor, o sea, más actual. Este verano tendré que acotarme en las lecturas pues, probablemente, sea el último tiempo libre que pueda dedicarle, al menos en gran escala, a estos estudios que son los únicos que se corresponden con mis inclinaciones y, quizás, con mis capacidades, ya que una dolencia física me obliga a retomar otra ocupación. Como lo hago a menudo, puedo concluir aquí citándolo: “¿De qué sirve toda la claridad y la salud de la cabeza cuando el estómago está enfermo, cuando el fundamento de la existencia humana está corrompido?” (Volumen I, página XV)⁷.

Permanezco, señor, con sincera reverencia.

C. J. Duboc

Dirección para envíos: librería *Meißner & Schirges*

3. De Feuerbach a Duboc

Redacción preliminar

Bruckberg, 20 de mayo de 1853

¡Querido Señor!

El tema que Usted me plantea correcta y oportunamente, a pesar de su errónea designación, es un tema del cual, en caso de haber contado con el tiempo y el espacio

6. Nota del traductor: GW VI, 186 / Ludwig Feuerbach, *La esencia de la religión* (Buenos Aires: Prometeo, 2009) 185.

7. Nota del traductor: La cita está tomada del “Prefacio” que escribe Feuerbach para el primer volumen de sus *Obras Completas*.

necesario para ello, me habría ocupado hace mucho tiempo –un tema, por otra parte, que me resulta cercano no sólo como pensador y hombre en general, sino como hijo de un criminalista, cuyos escritos póstumos están impresos y en mi poder. No obstante, desde hace varios años, estoy ocupado no exactamente con una historia formal de la religión, sino con una presentación y aplicación histórico-religiosa de algunos pensamientos expresados en la esencia de la religión natural y cristiana, que han acaparado todo mi tiempo y mis fuerzas. Por tanto, tengo que alejar, externamente y también de mi cabeza, todo lo que no se encuentre inmediatamente relacionado con este trabajo. Sin embargo, he discutido y considerado este tema en diferentes ocasiones, tanto de manera indirecta e implícita como de manera explícita, pero no en los escritos particulares que Ud. conoce, sino en mis *Pensamientos sobre muerte e inmortalidad* de 1845⁸, aunque de manera resumida. Sin embargo, aquí tomo la cuestión de la libertad desde esta perspectiva: ¿cómo se relacionan con los impulsos y los apetitos lo que los hombres denominan libertad o voluntad? Desde ese lugar digo (y me permito reproducir ese lugar porque en este momento no se decir nada mejor): La voluntad, el ídolo del supranaturalismo moral, se relaciona con los impulsos y las tendencias morales del mismo modo en que la razón, que es la condición de la voluntad, lo hace con los sentidos –como el género (*Gattung*) se relaciona con la especie (*Art*) o con el individuo particular. Un ejemplo: quien, al igual que el salvaje, todo lo devora sin cesar hasta que nada queda, sin pensar en las consecuencias, es un esclavo de su deseo de comer. Quien define la medida del disfrute del tiempo presente a partir de la representación del futuro, come de forma libre y racional. Pero, así como, en términos del género y lo sobrenatural en sí, la razón es poca cosa, aunque ella flote por encima de este instante *sensual* y sea para mí un objeto de pensamiento; tan poca cosa es la voluntad por medio de la cual me elevo sobre este apetito sensual. En la voluntad, únicamente reafirmo mi esencia sensual en general o en su totalidad contra *un tipo específico (bestimmte Art)* de sensibilidad que quiere elevarse al rango de mi esencia absoluta. Si me limito al beber para no emborracharme, ¿cabe decir que esta auto-limitación y auto-determinación es algo sobrenatural? ¡No! Pues con ello sólo estoy probando que por el hecho de tener una *cabeza* fuera y por encima de mi garganta, no quiero saber que sus actividades normales, aquellas [actividades de mi cabeza] que se fundan en mí, son superadas por la influencia de mi garganta. La libertad no es más que armonía, la medida de nuestros apetitos e impulsos o la subordinación de los impulsos particulares al impulso fundamental de autoconservación y autoafirmación. El jugar y el beber no carecen de libertad, no son inhumanos, no son inmorales. Pero quien es tan tonto, irreflexivo y apasionado, como para jugar y beber su libertad como nuestros antepasados –me refiero al ciudadano en contraste con el esclavo, como para sacrificar el impulso fundamental

8. Nota del traductor: Feuerbach está haciendo referencia a su escrito "*Die Unsterblichkeitsfrage vom Standpunkt der Anthropologie*" (La cuestión de la inmortalidad desde el punto de vista de la antropología). En realidad, el escrito es de 1846 y aparece publicado en el tercer volumen de las Obras Completas de 1847.

de la libertad a favor de un impulso subordinado y particular, como para rendir un bien superior y duradero, cuya pérdida luego lamenta, a un disfrute momentáneo; ese que actúa así no es libre y es un inmoral, desde la perspectiva de los felices hombres organizados o desde el punto de vista de los hombres con una formación superior. Creo que más o menos así, ha de ser tratada y comprendida la cuestión de la libertad. En cambio, la pregunta que a Usted tanto le preocupa me resulta de menor relevancia para esta cuestión. Los hombres sienten la ausencia de libertad sólo allí donde o bien son forzados externamente a una acción que no realizarían por su propia cuenta o bien no pueden satisfacer un apetito, un anhelo o un deseo. Cuando me llaman para comer justo en el momento en que estoy escribiendo, me encuentro en una colisión instantánea entre las reglas del hogar o, más específicamente, el cucharón y la pluma con la que escribo. ¿Qué debo hacer? ¿Continuar escribiendo o ir a la mesa?, ¿seguir a mi cabeza o a mi estómago, que se alimenta en ese horario? Aquí me retiene el escritorio, hacia allá me atrae la mesa del comedor.

Carta Enviada

Bruckberg, 20 de mayo de 1853

¡Querido Señor!

El tema que Usted me plantea correcta y oportunamente, a pesar de su errónea designación, es un tema del cual, en caso de haber contado con el tiempo y el espacio necesario para ello, me habría ocupado hace mucho tiempo –un tema, por otra parte, que me resulta cercano no sólo como pensador y hombre en general, sino como hijo de un criminalista, cuyos escritos póstumos están impresos y en mi poder. No obstante, desde hace varios años, estoy ocupado no exactamente con una historia formal de la religión, sino con una presentación y aplicación histórico-religiosa de algunos pensamientos expresados en la esencia de la religión natural y cristiana, que han acaparado todo mi tiempo y mis fuerzas. Por tanto, tengo que alejar, externamente y también de mi cabeza, todo lo que no se encuentre inmediatamente relacionado con este trabajo. Sin embargo, he discutido y considerado este tema en diferentes ocasiones, tanto de manera indirecta e implícita como de manera explícita, pero no en los escritos particulares que Ud. conoce, sino en mis *Pensamientos sobre muerte e inmortalidad* de 1845, aunque de manera resumida. Al mismo tiempo, lo he tratado –no por su nombre, pero sí de acuerdo con su esencia– en mis *Aforismos contra el dualismo de alma y cuerpo*, en el segundo tomo de mis obras completas⁹. Me parece, dicho sea de paso, que el señalamiento que Ud. enfatiza en esta pregunta particular no presenta mayores dificultades. Vale el recuerdo de un célebre ejemplo

9. Nota del traductor: El texto referido por el filósofo de Bruckberg se titula “*Wider den Dualismus von Leib und Seele, Fleisch und Geist*” (Contra el dualismo de cuerpo y alma, carne y espíritu). Fue redactado como “Aclaración” a los *Principios de la Filosofía del futuro* de 1843. Aparece en el segundo volumen de las Obras Completas en 1846.

tomado de la historia de la filosofía, el del imán que en caso de tener consciencia o sentimiento también creería que siempre se orienta hacia el norte por sí mismo y de forma libre, porque esta dirección es propia de su naturaleza y carece de la orientación o inclinación contraria, es decir, que no se siente obligado ni compelido. El hombre se siente libre, porque cada determinación que lo mueve a tal o cual acción o a tal o cual omisión está definida por su naturaleza individual.

El último punto en la serie de causas que me afectan es, obviamente, el punto de mi generación y nacimiento. Soy este hombre tal y como he sido generado por estos padres, en este tiempo y en este lugar. Sería completamente distinto de haber sido generado por otros padres y bajo otras circunstancias. Soy, necesariamente, quién y cómo soy. Pero esta necesidad es una conmigo mismo, con mi individualidad, con mi esencia, en consecuencia, con mi sentimiento de libertad; porque sólo lo que es diferente a mí, más bien, lo que me contradice, lo que me perjudica me da el sentimiento de la falta de libertad. Así, nos sentimos carentes de libertad en una sociedad que contradice nuestra esencia, nuestras propensiones, nuestras costumbres, etc.; en una sociedad en la que encontramos elementos extraños, en la que, por lo tanto, no nos sentimos a gusto. La libertad es la patria del hombre o, mejor dicho, al revés: la patria del hombre es su libertad, porque allí donde, en un sentido auténtico y figurado, me siento como en casa, allí soy y me siento libre. Ahora bien, las determinaciones o impulsos de mis acciones, aunque tengan sus fundamentos en causas externas, son domésticas –no hay un ser otro o extraño como invitado en y dentro mío, conductor y conducido no son seres diferentes– ¿cómo podría sentirme carente de libertad? Si me encuentro ante la elección o colisión entre dos cosas, primero vacilo sobre cuál de las dos debo tomar, al final siempre me decidiré a favor de la que más se ajusta a mis inclinaciones predominantes, a las propiedades características que me constituyen, de mejor manera, como ser individual y, por lo tanto, me siento libre a pesar de que (o, tal vez, precisamente porque) tomo esa decisión de forma necesaria. Luego (quizás en el momento mismo de la decisión) puedo, por supuesto, imaginarme libremente que puedo o podría haber actuado de forma diferente a como lo he hecho y esa imagen, esa representación, de que es posible hacer lo contrario de lo que efectiva y necesariamente se hace, es también aquello en lo cual arraiga la representación ordinaria de la libertad. La auténtica sensación de libertad no es más que la sensación de salud, de bienestar, es decir, la armonía de cualquier determinación, acción, decisión o condición con el propio ser individual. En lo que respecta a la cuestión de la libertad, ante todo, no hay que adoptar el punto de vista unilateral de la moralidad o la libertad moral; tampoco hay que reducir la necesidad a una perspectiva mecánica, uniforme y abstracta.

Las causas externas a las que debo mi vida y mi esencia están en consonancia con mi individualidad; no fui engendrado por cualquier ser humano, sino por mis padres, es decir, por aquellos seres humanos a los que prefiero, distingo y diferencio de los demás. Desde los primeros momentos de mi existencia no me rodeó el sol o la naturaleza en general, ni el sol africano, sino el sol que brilla sobre Alemania, la naturaleza que gobierna en Alemania; por lo tanto, ellos no son para mí algo despótico, extraño u hostil, sino algo agradables y familiar a mi individualidad, seres

o poderes idénticos a mi singularidad, que me afectan. En definitiva, la sensación de libertad, cuyo objeto no es la quimera fantástica del poder hacer todo, sino algo real, no es más que la sensación de armonía del hombre con la naturaleza, con los demás hombres y consigo mismo. Libre es y se siente el hombre únicamente allí donde le gusta estar y en lo que le gusta hacer. Este hacer y este estar es libre porque está en armonía con mí ser, más, por lo tanto, es también internamente necesario. ¡Nada hay más engañoso y arbitrario que la *interpretación* que hacen los hombres de sus sentimientos! Y cuantos se *imaginan* sentir lo que no siente ni pueden sentir. Quien cree en la inmortalidad, la siente. Pero ¿quién puede realmente sentir lo que no es o lo que, al menos, todavía no es? Sepa disculpar que mi trabajo sólo me permita estas pocas e insuficientes líneas.

Humildemente
Su L. Feuerbach.

4. De Duboc a Feuerbach

Hamburgo, 25 de mayo [de 1853]

¡Estimado Señor!

En primer lugar, le agradezco las molestias que se ha tomado para aclarar mis conceptos en torno a la libertad –quizás, el mejor agradecimiento sería, en atención a lo que Ud. ha insinuado sobre su trabajo, que no continuase molestándolo. Admito que no es únicamente una vulgar cortesía la que así lo exige, sino que yo mismo debería sentir una respetuosa renuencia a interrumpir su tiempo libre dedicado a una obra tan relevante. No obstante, permítame que le exprese mis escrúpulos e inquietudes, tal vez encuentre un tiempo ocioso para responderme. Si ese no es el caso, el mero hecho de escribir será un beneficio ya que esto suele aclararme las cuestiones.

Usted sugiere que ponga un signo de interrogación al final de toda la carta. No estoy acostumbrado a poner signos de interrogación tras largos comentarios de su pluma, sino, a lo sumo, guiones para consignar que esta materia aún no está completamente asimilada o signos de exclamación en señal de aprobación. Sin embargo, en algunos pasajes de su obra mi mano ha colocado algunos signos de interrogación como, por ejemplo, en el Volumen VIII¹⁰ página 366: “El hombre no sólo no teme aquello de lo que está verdaderamente convencido, sino que lo tiene que expresar públicamente”¹¹. O en el Volumen VIII página 396: “Llamo, ante todo, sentimiento de honor el

10. Nota del traductor: El octavo volumen, aparecido en 1851, corresponde a las *Lecciones sobre la esencia de la religión* dictadas en 1848/49 en Heidelberg.

11. Nota del traductor: GW VI, 316 / Feuerbach, *La esencia de la religión*, 296.

sentimiento que teme hacer en secreto aquello que uno se avergüenza de hacer ante los demás; el sentimiento de no querer mentirle a los otros, según el cual el hombre quiere ser lo que él es para los demás”¹². O en el Volumen VII¹³ página 362: “La propiedad es sagrada”¹⁴. Y, tal vez, aquí y allí, pero luego de su última carta no precise poner ningún signo de interrogación. Adopto, más bien, las definiciones que Ud. brinda sobre los temas abordados que me resultan absolutamente claras y evidentes, pero sí de ellas se sigue que el hombre todo lo hace con necesidad y, no obstante, o, más bien, el hombre se siente y *tiene* que sentirse libre porque esa necesidad es la necesidad de su propia naturaleza, entonces no logro concluir porque a veces el hombre no se siente libre en la acción –siempre que, por supuesto, no esté obligado por una brutal necesidad externa, lo que indudablemente explicaría el sentimiento de falta de libertad. Por ejemplo, el borracho que, tras derrotar a los motivos de la razón, se entrega a su pasión, ¿no *tendría* que sentirse libre ya que, en todo caso, ha tomado la decisión que “más se ajusta a sus inclinaciones predominantes, a las propiedades características que lo constituyen, de mejor manera, como ser individual?”. En vez de eso, quizás se siente esclavo de su pasión. Sólo preciso contemplarme a mí mismo. Si trabajo intelectualmente mucho más de lo que mi desgraciadamente débil salud puede soportar, ciertamente satisfago mis necesidades más íntimas; pero, al mismo tiempo, siento intensamente la falta de libertad, que me impide elevarme por encima de ellas y darle al bienestar físico, claramente más importante, el tributo que merece. ¿Cuál es la razón de esto? ¿Dónde radica la posibilidad de hacerlo si la libertad es como Ud. la ha definido?

Quería comentarle lo mucho que me ha conmovido su polémica con *El único y su propiedad* de Max Stirner (primer volumen de las Obras Completas, página 342)¹⁵, especialmente lo que Ud. dice sobre el género, sobre la relación del tú con el yo, etc. De querer arruinar mis libros, subrayaría cada línea. No hay mejor manera de decirlo, todas ellas son *expresiones únicas*. Del libro mencionado, que desconozco, el Dr. Fuks, uno de los más grandes admiradores de Stirner, me leyó una vez un pasaje. Una filípica contra la verdad, una apoteosis del “coraje para mentir” que, no temo decirlo,

12. Nota del traductor: El pasaje corresponde a los Agregados y Comentarios a las *Lecciones sobre la esencia de la religión*. GW VI, 343

13. Nota del traductor: El séptimo volumen contiene la tercera edición de 1849 de *La esencia del cristianismo* (1841).

14. Nota del traductor: GW V, 445 / Ludwig Feuerbach, *La esencia del cristianismo* (Madrid: Trotta, 1998), 312.

15. Nota del traductor: Duboc alude al escrito “Sobre *La esencia del cristianismo* en relación a *El único y su propiedad*”. Publicado inicialmente de forma anónima en 1845, el texto es recogido y ampliado en el primer volumen de las Obras completas de 1846.

me gustó mucho¹⁶. Con esto se relacionan, también, mis interrogantes al final de las dos citas anteriores, en las que Ud. parece querer enfatizar lo contrario. ¿Debería ser la verdad *a tout prix* una virtud? Con la total carencia de conceptos a partir de los cuales derivar la moral y sobre los cuales fundarla, he pensado: actúa moralmente quien, tras una madura consideración, hace lo que parece ser su deber según la medida de su mejor conocimiento. Probablemente, esto sea muy insuficiente, pero nada más sé. De esta manera tampoco obtengo una perspectiva para lo más importante, lo objetivamente moral, que sigo buscando en vano. Por ejemplo, cuando Orígenes, según se cuenta, se castró a sí mismo; según mi idea, actuó, en efecto, de forma *moral*, realizando una *inmoralidad*.

Tengo una madre que es muy vieja, muy creyente y muy cariñosa conmigo; ¿sería moral causarle al final de su vida el mayor dolor que quizás haya tenido que soportar expresando públicamente las opiniones que he extraído de Ud. y de las que estoy verdaderamente convencido (p. 366)? No. Le miento deliberadamente, soy considerado y quiero serlo como algo distinto de lo que soy (p. 396)¹⁷ y creo estar haciendo lo correcto, creo estar actuando no sólo de forma ética, es decir, de acuerdo con mi convicción, sino también en conformidad con la moral general.

Dejando a su discreción, mi señor, si quiere o no responder mis débiles pensamientos permanezco con sincera reverencia.

Humildemente
C. J. Duboc

Dirección para envíos: librería *Meißner & Schirges*

5. De Feuerbach a Duboc

Bruckberg, 23 de junio de 1853

¡Querido Señor!

Acontecimientos desagradables me han mantenido separado durante 14 días no sólo de mi trabajo sino también de mi hogar y, en breve, me obligaran a alejarme de aquí por algunos días, de modo que sólo podré retomar mi trabajo tras mi retorno;

16. Nota del traductor: Es probable que Duboc se refiera a las siguientes líneas: “Pueden torturarme, pueden amenazarme con el infierno y con la condenación eterna; me quebrantarán, quizá, hasta el punto de hacerme prestar un juramento falso, pero no me arrancarán la verdad, porque yo quiero engañarlos, porque no les he dado ninguna autoridad, ningún derecho sobre mi sinceridad. Y a pesar de las amenazas del Dios “que es la verdad misma”, a pesar de la amargura de la mentira, tendré el valor de mentir. Aun cuando estuviera disgustado de la vida y nada me pareciese más deseable que el hacha del verdugo, no tendrían la alegría de encontrar en mí un esclavo de la verdad ni de hacerme traicionar mi voluntad por sus astucias de inquisidores” (Max Stirner, *El único y su propiedad* (Buenos Aires: Editorial Recontruir, 2007) 303).

17. Nota del traductor: Con estas páginas Duboc se refiere a las citas previamente aludidas en su carta.

mientras tanto dispongo de tiempo para continuar con nuestra cuestión. La *necesidad* de las acciones humanas en modo alguno se extiende a todo sin distinción. La necesidad abarca lo necesario, esencial e importante no a lo indiferente, inesencial y accidental. Por ejemplo, elijo la necesidad más baja y cotidiana, la necesidad de alimentos. Esta necesidad abarca la comida en general, pero no a tal o cual comida, siempre y cuando esté saludable, pero la salud es, evidentemente, la perspectiva desde la cual siempre hay que partir. Si esta o aquella comida me resulta a mí indiferente, no exijo nada más que la propiedad general de que sea comestible para el paladar y el estómago del hombre culto. Sin embargo, cuando me den el menú en un restaurante, elegiré la comida que más me gusta; pero si justo ese plato se ha acabado no permitiré que me crezcan canas por la pérdida y optaré por cualquier otro plato. Quien se relacione con la comida de esta forma es libre, al menos en este sentido. Pero aquel que está obsesionado con ciertas comidas, quién se siente infeliz y fuera de sí cuando no tiene ciertas comidas, quien sacrifica en una única dirección y tendencia su fortuna, su salud y su entendimiento, ese no *es* libre, pero se siente carente de libertad únicamente mientras otras tendencias e intereses estén activos en él y cuando, aún sin éxito, se rebelen contra su despotismo de sibarita. Pero cuando realmente el impulso de comer o beber se ha convertido en “la propiedad característica que define el ser individual” de un hombre, entonces dudo de que este hombre se “sienta” como un “esclavo” de su pasión. Prefiero, más bien, afirmar que este hombre sólo se siente libre cuando devora y bebe, y se siente carente de libertad e infeliz cuando no tiene nada para tragar y beber. Un hombre cuya esencia vive para emborracharse, cuyo predicado esencial es “ser un borracho”, hace tiempo que ha emborrachado a su razón –está en sí mismo, en su espíritu, en su fuerza y en su vida, cuando bebe– no puede ser sin beber –está “*toujours* borracho”. Un libertino y querido Carlos II de Inglaterra confesó en su lecho de muerte haber pasado cinco años de su vida *toujours* borracho. No es extraño que los hombres no posean una inclinación al vicio completamente coincidente con su esencia, una inclinación de la que incluso se sienten esclavos, porque la sienten en contradicción con el resto de su esencia, de sus tendencias e impulsos. Estas inclinaciones pueden ser –aunque no curadas de raíz, pero al menos– moderadas si se utilizan los remedios apropiados en el tiempo oportuno; entonces la doctrina de la libertad humana forma parte de la doctrina de la medicina. Por otra parte, como sucede en el campo de lo político y de lo moral, el verdadero esclavo no se siente esclavo.

5 de Julio

Estas líneas archivadas, que fueron bosquejadas hace algunos días, pero interrumpidas primero por mi reiterado alejamiento y luego por disgusto ante lo escrito y por la convicción de que tales temas no son adecuados para ser tratados en cartas, se las envío, al menos, como muestra de mi buena voluntad. A ellas sólo les agrego la siguiente frase: quien se siente esclavo, se siente infeliz, enojado, indignado por su gobierno, se esfuerza por sacudirse el molesto yugo y precisamente con esa aversión, con esa aspiración revolucionaria, demuestra que esa o aquella inclinación o pasión

no es una propiedad característica o esencial que sea una con él. Dejo las conclusiones y las adiciones, quizás también las correcciones, a su propio juicio.

Humildemente
Su L. Feuerbach.

6. De Duboc a Feuerbach

Hamburgo, 12 de julio [de 1853]

¡Estimado Señor!

Si Ud. es tan amable como para responder, entonces nuestro intercambio de cartas no cesará hasta el otoño, ya que quizás, en ese momento, abandone Alemania y Europa. Es comprensible que, por mi parte, deba agradecerle su última carta. Usted dice que yo debería preocuparme por mi salud y no por sus obras e imágenes, lo cual es sencillo de decir y difícil de hacer. Su imagen, lo admito, es una cuestión emocional, a la cual puedo fácilmente renunciar. Y aunque me hubiera gustado colgar sobre mi escritorio una imagen suya, tan buena como la de Beethoven, que cuelga sobre mi piano; por otro lado, una mala e infiel litografía es algo carente de valor, que perturba más de lo que agrada. Pero con sus obras la cosa es distinta. No quiero decir que la salud sea valiosa para mí en la medida en que me permite estudiar libre de obstáculos, eso sería exagerado y, a su vez, un *testimonium paupertatis*. Reconozco que la vida, sobre todo en la juventud, posee muchos otros encantos; pero, sin embargo, preferiría estar muerto, aunque no enfermo, antes de prescindir de lo que va más allá de lo cotidiano y llena de contenido a la vida. Por lo demás, creo mantenerme siempre dentro de los límites y hacer lo indispensable.

Usted escribe, querido Señor, que tales temas no son apropiados para cartas. Me resignaré con gusto o sin él a ello, porque, aunque hasta ahora me he beneficiado de nuestras cartas, no quiero obtener este beneficio de una manera que a Ud. no le convenga. Por lo tanto, finalicemos este asunto para que esté completo y, en consecuencia, permítame transmitirle las “conclusiones, adiciones y correcciones” que ha dejado a mi pobre y limitada comprensión del tema. Para ello, recapitularé brevemente la forma en la que he interpretado lo que Ud. escribió en su segunda carta sobre la libertad y aquellas observaciones de su última carta con las que desacuerdo parcialmente.

Necesario no es sólo lo “esencial y principal”, necesario es todo lo que hacemos, es decir, todo lo que hacemos lo teníamos que hacer y no podíamos hacer algo distinto. Para cada actividad que realizamos, aunque sea la más pequeña e insignificante, como, por ejemplo, elegir qué comer, sólo existen dos factores causales, nuestro estado interno y nuestras circunstancias externas –en el ejemplo que nos ocupa, el restaurante en el

que me encuentro y los platos que figuran en el menú. Aparentemente, puedo optar entre asado, pescado, etc., pero finalmente me decido necesariamente por aquello por lo cual me decido, y lo que decido es el resultado inevitable de los distintos factores que me influyeron y afectaron. Puedo elegir en contra de mis preferencias, tal vez por motivos de salud, es decir, porque la razón predomina en mí; pero entonces, también por necesidad, en conformidad con mi estado razonable interior. Todo esto, mi Señor, creo haberlo leído, con gran satisfacción, en su segunda carta. Sólo citaré la siguiente frase: “si me encuentro ante la elección entre dos cosas, primero vacilo sobre cuál de las dos debo tomar, en último término siempre me decidiré a favor de la que más se ajusta a mis inclinaciones predominantes y, por lo tanto, me siento libre *a pesar de que* (o, tal vez, *precisamente porque*) *tomo esa decisión de forma necesaria*”. De ello se deduce, como lo demuestra el ejemplo del imán, que la necesidad es la ley de nuestro hacer y permitir, y que lo que en la vida cotidiana se comprende por “libertad” es la *absoluta arbitrariedad de la elección* (por ejemplo, los discursos de economía de [David] Ricardo: “Pero la cuestión no está resuelta”, la cuestión, “a la que nos conducen tanto las enfermedades del cuerpo social como del cuerpo individual [...] ¿Para qué el mal (*Übel*) en el mundo? El hombre, el factor de la sociedad, es libre; si elige el mal, tendrá que sufrir”¹⁸). Se trata de una ilusión que, sin embargo, se nos impone psicológicamente en cada decisión. Su última carta comienza así: “La necesidad de las acciones humanas en modo alguno se extiende a todo sin distinción; abarca, más bien, lo esencial e importante, no a lo indiferente, inesencial y accidental”. Una proposición que, como he dicho, no encuentro evidente en vistas de lo anterior. A modo de explicación, Ud. añade que la necesidad, por ejemplo, se extiende sólo sobre el comer en general, no sobre esta o aquella comida. Sin embargo, más bien me parece que la necesidad que reside en mí, en tanto que *hombre particular*, no come en general, sino que come *esta* o *aquella* comida –lo otro es sólo la relación *abstracta y generalizada* con el hombre en general.

Cuando formulé la pregunta de cómo un borracho, que satisface su más íntima esencia bebiendo, puede, después de lo que hemos establecido, sentir la carencia de libertad, se me vino a la mente lo que una vez leí: “La libertad es subjetiva, unidad de la voluntad consigo misma (¿?), unidad objetiva de la voluntad con la razón”. Una determinación que no entendí por no saber qué es la razón, pero que parecía encajar aquí. Puesto que entonces, puedo decir que el beber es irracional, por lo tanto, el hombre se siente carente de libertad (aunque, entonces, asumo tácitamente que la razón es igual a la comprensión). Usted dice en su última carta: “Un hombre que es un auténtico borracho, un hombre en el cual el impulso a la bebida es la propiedad característica que define su ser individual, no se siente esclavo de su pasión, no es completamente borracho”. Discúlpeme si eso me resulta un tanto casuista. Finalmente, ¿qué tenemos como criterio de una propiedad característica de un ser

18. Nota del traductor: La referencia, probablemente, es al libro *Principios de economía política y tributación*. Fue publicado por primera vez el 19 de abril de 1817 bajo el título *On the Principles of Political Economy and Taxation*; la primera versión en alemán es del año 1821.

humano más que el hecho de que dicha propiedad es tan poderosa que prevalecerá por sobre todo lo demás en el hombre? ¿No debería ser el borracho quien esté tan sometido a la inclinación hacia la bebida como para beber su patrimonio, salud y felicidad a pesar de las reprensiones de su ser interior? Incluso si aún no se ha degradado al último nivel del “*toujours* borracho”. Y ahora permítame ensayar una respuesta a mi pregunta. Según nuestro idioma y estrictamente hablando, el hombre es borracho mientras bebe. Sólo impropriamente transferimos esta caracterización a todo el hombre, siendo ella su principal ocupación. Pero *durante el acto de emborracharse*, en tanto que borracho, como yo lo veo y Ud. no quiere aceptar, el borracho se siente libre porque le da satisfacción a su impulso fundamental predominante. Al *reflexionar* sobre el asunto, cuando el impulso ya satisfecho cede de manera temporal, es decir, cuando provisoriamente no es un borracho, sino un padre de familia sobrio, se sentirá esclavo sabiendo que ha obedecido y seguirá obedeciendo a un impulso que le parece un poder *extraño* porque, en ese momento, no lo siente dentro de sí.

Esto resuelve, creo yo, lo que encontraba contradictorio. Ahora, sólo quiero preguntar si la definición de libertad previamente ofrecida tiene sentido y cuál (unidad de la voluntad con...).

Cierro esta carta, Señor, y, en atención a su aversión a esta clase de intercambios epistolares, no me atrevo a agregar nada nuevo. Además, en el caso de que, a pesar de todo, no quiera retirarme su apoyo, todavía hay suficiente material en mis cartas, en particular en lo que se refiere a los principios morales, cómo debe entenderse la moral, etc. Sea como fuere, y si Ud. también se ve obligado a interrumpir el tratamiento de cuestiones que por su parte considera cerradas, estaré siempre agradecido por la amable disposición con la que ha tratado a un desconocido.

Muchas gracias por la información sobre los textos en los que está trabajando. Sin embargo, no creí estar haciéndole a Ud., sino, a lo sumo, al Sr. Otto Wigand, una propuesta inhumana. Si más adelante se decide, en todo momento encontrará a los Señores Meißner & Schirges dispuestos a responder a sus posibles propuestas.

Permítame una pregunta más. Me estoy enfrentando con el segundo volumen de sus obras completas *Críticas y Principios filosóficos*, del cual “Contra el dualismo...” me gustó mucho, pero me molestó bastante. Leer críticas sobre Hegel, etc., sin haber leído a Hegel, etc. es un truco. ¿Puede recomendarme algún libro que me familiarice, en lo esencial, con la filosofía más reciente, me refiero a Hegel, Kant, Schelling, Fichte? ¿Es posible esto sin el conocimiento de los libros anteriores o sus nuevos escritos agregan algo al respecto?

Y, por último, algo más. Es posible que debido a un viaje pase por Nüremberg. ¿Puedo visitarlo en Bruckberg sin molestarlo demasiado? ¿Hay en Bruckberg establecimientos adecuados para alojarse y comer? ¿A qué distancia se encuentra de Ansbach?

Le ruego que acepte, Señor, la promesa de mi sincera devoción.

Humildemente,
C. J. Duboc

7. De Feuerbach a Duboc

Bruckberg, 22 de julio de 1853

¡Querido Señor!

Precisamente ayer, y tras largas y variadas interrupciones, retomé el objeto de mi trabajo embargado por el deseo, de surgimiento infrecuente y desaparición veloz, de abordar por escrito el tratamiento de un tema. Para no perder este tiempo favorable y, al mismo tiempo, para no hacerle esperar demasiado, me limito a responder, brevemente, los puntos principales de su carta. Ante todo, noto que su exposición en torno a mi ejemplo del borracho es correcta. Dicho ejemplo no lo llevé de la cabeza al papel intacto y sin daños; sin embargo, mi limitación de la necesidad a lo esencial en modo alguno contradice mis cartas anteriores, porque, incluso si todo lo hacemos por necesidad, no todo lo hacemos con la misma necesidad, pues tenemos que distinguir entre distintos grados de necesidad. Lo necesario (*Notwendigkeit*) está conectado con la penuria (*Not*), con las necesidades (*Bedürfniss*), con el deseo. La penuria rompe el hierro. Ante la más urgente penuria, ante lo más necesario, lo menos necesario desaparece. Incluso en la naturaleza exterior, la necesidad inferior es superada por la más fuerte: por ejemplo, las afinidades electivas químicas, por la adhesión, por ejemplo, del agua al vaso, la necesidad a la que, por lo demás, está conectada y se mantiene en equilibrio. Pero, precisamente, la salud, la sabiduría y la libertad humana consisten en la subordinación de lo que tiene un grado menor de necesidad (*Notwendigen*) a lo que tiene un grado de necesidad mayor (*Notwendigere*) y a lo que es más necesario (*Notwendigsten*). Sin embargo, considere esta observación fugaz como si no estuviera escrita o, puesto que está escrita, como si no fuese digna de ser mencionada o pensada. De la literatura filosófica actual, por la que usted pregunta, no tomo nota. Únicamente leo libros de los cuales algo aprendo o que son útiles para mi trabajo, pero no leo los libros de nuestros actuales “filósofos”. Sin embargo, el mejor logro de esta literatura actual concierne a la historia de la filosofía. En lo que a esto respecta, han aparecido varios escritos sobre la filosofía desde Kant como, por ejemplo, Chalybäus en Kiel¹⁹, Fortlage en Jena (creo que este año)²⁰, Schaller (*Historia de la Filosofía de la Naturaleza*, volumen II)²¹.

19. Nota del traductor: Feuerbach se refiere al libro *Historische Entwicklung der spekulativen Philosophie von Kant bis Hegel* (Desarrollo histórico de la filosofía especulativa de Kant a Hegel) de Heinrich Moritz Chalybäus, publicado en 1837.

20. Nota del traductor: Feuerbach alude a la obra *Genetische Geschichte der Philosophie seit Kant* (Historia genética de la filosofía desde Kant) de Kart Fortlage, publicada en 1852 (y no en 1853 como supone Feuerbach).

21. Nota del traductor: El título exacto del libro de Julius Schaller es *Geschichte der Naturphilosophie von Bacon von Verulam bis auf unsere Zeit. Darstellung und Kritik der Kantischen Naturphilosophie* (Historia de la Filosofía de la Naturaleza de Bacon hasta nuestra época. Presentación y crítica de la filosofía de la naturaleza kantiana) de 1846.

Sobre su segunda pregunta. Si tiene que venir a Nüremberg, no es necesario que viaje hasta Ansbach; sino hasta el monasterio de Heilsbronn. Desde Nüremberg hacia allí hay dos viajes diarios y desde allí hasta aquí, tiene una caminata de una hora y media que no precisa guía. Bruckberg cuenta con alojamientos, pero para Ud. el alojamiento más adecuado es mi casa. Mi pequeña familia, conformada por mi esposa y mi hija de 14 años, y yo le daremos calurosamente la bienvenida.

Humildemente
Su L. Feuerbach

Recibido: 17/10/2023

Aceptado: 18/11/2023